

rrados puños sobre la frente.)—¡No lo creas, Manuel! ¡Don Trinidad te quiere más que á su vida! ¡Es tu segundo padre!—Y yo te quiero también....; y también te quiere este niño.... —¡Mira... ¡Mira cómo te sonrío!

—¡Basta! (gritó al fin Manuel con desgarrador acento, abriendo los brazos y tirando la cabeza atrás.) ¡Basta, crueles sayones, encargados de martirizarme! ¡Dejadme ya!..... ¡Idos!..... ¡Salid!—Os lo mando.... os lo aconsejo.... os lo suplico!—¡Dejadme solo, si no queréis que con vuestra sangre y la mía se forme un lago en este aposento!—¡Quitadme de delante al hijo del cobarde ladrón que me ha robado la felicidad!.....—Márchese usted, señora..... Márchese usted, señor Cura.... —¡Conozco que ya no soy dueño de mí mismo!..... ¡Conozco que puedo horrorizar al mundo!.....

Era tal la voz de Manuel al decir esto, que la señá María Josefa se levantó espantada, con su nieto debajo del brazo, y se deslizó en silencio hasta la puerta, andando hacia atrás y sin quitar la vista de aquel pavoroso semblante, más propio de un tigre que de un hombre.

Hasta Don Trinidad tuvo miedo, no por sí, sino por el niño, por la anciana, y por el mismo joven, que estaba á punto de morir ó de volverse loco, á juzgar por la violenta agitación de su pecho, por la hinchazón de su frente, por el trastorno de su mirada....; y, conociendo, al propio tiempo, que ya no había más palabras que decirle, ni fuerzas en el desgraciado para soportarlas, retiróse también lentamente, mirándolo con profunda piedad y sin recuerdo siquiera del pasado enojo.

Así salió de la habitación, cuya puerta dejó entornada.....

Manuel quedó solo con el Niño Jesús.

## V

## EL ROCÍO DEL ALMA.

Las doce de la noche acababa de cantar el sereno cuando Don Trinidad y la señá María Josefa se retiraron de la sala, dejando en manos de la famosa Imagen del Niño de la Bola la solución de la suprema crisis á que había llegado el espíritu de Manuel Venegas.

Reinó desde entonces en la casa un profundo silencio, interrumpido únicamente por los cautelosos pasos del vigilante Cura, que se acercaba de vez en cuando á la rendija de la puerta á observar á Manuel, y por los cuchicheos de las mujeres, acuarteladas en la cocina.

Polonia se encontraba entre ellas, por no haber podido dominar su inquietud y desasosiego, quedándose en la otra casa.—Dormía el hijo de Soledad en brazos de su abuela, después que Basilia lo hubo amansado con algunos bizcochos.—La "Volanta," á fuerza de llorar hipócritamente, había conseguido que D. Trinidad dejase de mirarla con prevención, y formaba también parte de aquella especie de tertulia de enfermeras, en que tan buenas cosas se estarían diciendo.—Y, por último, el arriero de Málaga roncaba en el patio, incómodamente sentado en una dura silla, como lo exigía la gravedad de las circunstancias.

Lo primero que hizo Manuel cuando se quedó solo, fué apagar todas las velas que alumbraban al Niño Jesús, con lo que el salón quedó enteramente á oscuras.....

Esto asió mucho á Don Trinidad,

que todavía cifraba algunas esperanzas en la antigua devoción de su pupilo á la preciosa Efigie en cuya compañía lo había dejado.....—Pero luego recapitó que el mismo hecho de apagar las luces podía significar, de parte del joven, una especie de miedo á aquel fantasma de su extinguida fe, y tan juiciosa reflexión no pudo menos de consolarle algo.

Manuel comenzó á pasearse en las tinieblas.....

De vez en cuando se paraba, é ininteligibles monosílabos, rugidos sordos ó sofocados lamentos salían de sus labios, como si dentro de él mantuviesen empeñada controversia dos seres distintos, el uno más feroz que el otro....

Indudablemente el joven repasaba todas sus emociones de aquel día: indudablemente le representaba su cerebro las provocativas alarmas del público; la calle de Santa María de la Cabeza; la inesperada aparición de Soledad, su impavidez, su hermosura, su mirada de amor, sus copiosas y amarguísimas lágrimas; el encuentro con Don Trinidad Muley; las cristianas aclamaciones que prorrumpió la muchedumbre; los santos discursos del bondadoso sacerdote, su

lloro, sus caricias; la aparición del Niño Jesús; el alarde de impiedad con que él la había recibido; el dolor que esto había causado al buen Padre de almas; la aparición de la madre y del hijo de Soledad; el digno lenguaje de la anciana; el llanto y la sonrisa del aquel inocente niño, y los insultos y amenazas del ofendido Cura, de su generoso protector, del ser que más le amaba en el mundo....

Ahora bien: todas aquellas palabras de cariño, todos aquellos piadosos consejos, todas aquellas solemnes apariciones, todas aquellas tiernas súplicas, todas aquellas dulces lágrimas, todos aquellos paternales enojos no podían menos de haber ablandado el corazón de la fiera.. —Por eso, sin duda, gemía, en medio de su rabia, como el león herido: por eso batallaba tanto consigo propio: y por eso, y no por otra cosa, lo dejaba solo Don Trinidad Muley, viendo clarísimamente que ninguno de sus esfuerzos por vencerlo había sido inútil; que todos estaban obrando en el rebelde espíritu del joven, y que este espíritu vacilaba, temía, emprendía la fuga, tornaba á la pelea, retrocedía de nuevo, y podía acabar por rendirse de un momento á otro.....—

Pero ¡ay del bien! ¡ay de la paz! ¡ay de la caritativa empresa del digno Párroco, si el joven no se rendía en tan extrema lucha!—¡Entonces no habría ya esperanza de salvación!

Largo tiempo (¡son tan largas las horas de la agonía!) duró este combate entre la soberbia y la humildad, entre la ira y la paciencia, entre la pasión y la virtud, entre el amor propio y la abnegación, entre el egoísmo y la caridad, entre la bestia y el hombre.

A eso de las dos, Manuel no se paseaba ya, ni rugía, ni se quejaba....—Solamente lanzaba de tarde en tarde, hondos suspiros, que también cesaron al poco tiempo.....

Don Trinidad no podía ya distinguir en qué parte de la habitación estaba el joven, ni si se había sentado, ni si por acaso se había dormido....—El silencio que reinaba en aquellas tinieblas era absoluto, sepulcral, verdaderamente pavoroso.—Parecía como que el enfermo se había muerto.....

Pero ¿no podía ser que sólo hubiese muerto su enfermedad? ¿No podía ser que Manuel Venegas acabase de revivir á la

razón, á la justicia, á la dignidad humana, á la vida de la conciencia?

En esta duda, el Sacerdote desistió de la idea (que tuvo un momento) de coger una luz y entrar en la sala.

Pronto se alegró de haber sabido esperar; pues no tardó en advertir una cosa que la pareció fausta, simbólica y de mucho alcance, en medio de su vulgarísima sencillez, por cuanto le trajo á la imaginación la humilde ceremonia con que se enciende "fuego nuevo" en la Iglesia la mañana del Sábado de Gloria.....

Fué el caso que Manuel dió repentinamente señales de estar vivo y despierto, poniéndose á encender luz por medio de eslabón, pedernal, yesca, y alcrebite, al uso de aquella época.

—"Lumen Chisti".....—murmuró D. Trinidad, santiguándose.

Obtenido que hubo nueva luz, el joven la aplicó á las velas que apagara antes, con lo que el Niño de la Bola tornó á verse profusamente alumbrado y tan clara como de día la espaciosa habitación.

Sentóse entonces nuestro héroe enfrente de la Imágen, y púsose á contemplarla con honda y pacífica tristeza.—La tempestad había pasado, dejando en la ya cose-

gada fisonomía de aquel hombre de hierro, profundas é indelebles señales.—Dijérase que había vivido diez años en dos horas. Sin ser viejo, ya no era joven. Sus facciones habían tomado aquella expresión permanente de ascética melancolía que marca la faz de los desengañados.

En cuanto á la triste mirada con que parecía acariciar la Efigie del Niño Jesús, no tenía tampoco la dulzura del consuelo. Era una mirada de tranquilo, incurable dolor, como la que, pasados muchos años de la cruel pérdida y del agudo padecer, posamos en el retrato de un hijo muerto, de los padres que nos dejaron en la orfandad ó de un antiguo amor que se llevó consigo las más bellas flores de nuestra alma....

—¡No reza! ¡no llora!—pensó amargamente don Trinidad, formulando á su modo las mismas ideas que acabamos de emitir.

Y se alejó de su acechadero con mucha más inquietud que alegría le causara al principio el ver que el joven contemplaba á su antiguo Patrono.

—¡No hacen la paces! (añadió luego, expresando en otra forma su disgusto.)—

¡Y la verdad es que el pobre Manuel, está dando muestras clarísimas de querer hacerlas!—¡Misterios de Dios! ¿Qué trabajo le costaba ahora á ese Chiquito tender los brazos á mi ahijado, como se los tendió antiguamente á San Antonio de Padua?—¡Nada más que con esto saldríamos todos de apuros! — — —

Y tornó á acercarse á la rendija de la puerta, y comenzó á rezar fervorosamente á la primorosa Efigie, como arengándola á realizar un milagro indudable.

—¡Nada! ¡No me hace caso! (se dijo, por último, viendo que el Niño Jesús no pestañeaba).—¡Sin duda no conviene! ¡Respetemos la voluntad de Dios!—Ni ¡quién soy yo, pecador miserable, para meterme á dar consejos á las Imágenes de mi Parroquia? ¡Si los sieguiesen, yo sería el Santo, que no ellas!—¡Haces bien, Niño mío! ¡Haces muy bien en desobedecerme!

Manuel se había puesto de pie entretanto.

La tristeza de su semblante era mayor que nunca. Un profundo suspiro salió de su pecho, y pasóse ambas manos por la frente, como para echar de su imaginación renovadas angustias.

Parecía un reo en capilla, la noche que precede al suplicio.—La conformidad de la desesperación iba envolviéndole en su fúnebre velo.....

En el fondo de la sala veíanse algunos de los grandes cofres que había traído de América... Manuel abrió el mayor de ellos, y sacó una preciosa caja de madera, que puso sobre el velador....

D. Trinidad temió que el joven fuese á suicidarse, y se apercibió á entrar en el aposento.....

Pero tranquilizóse en seguida, al observar que lo que de allí sacaba Manuel no eran pistolas, sino vistosísimas alhajas, collares, pendientes, brazaletes, sortijas, alfileres....;—un tesoro, en fin, de perlas, brillantes, esmeraldas y otras piedras preciosas.....

—¡Son las "donas" que pensaba ofrecer á Soledad el día que se casase con ella! ¡Son los regalos de boda que le traía el desgraciado!.....—pensó el Saqerdote, lleno de conmiseración.

Manuel fué contemplando una por una aquellas galas póstumas, aquellas joyas sin destino, aquellos emblemas de su infortunio.....y y, ejecutando luego la idea que sin duda le había movido á tar

penosa operación, comenzó á ponerle las alhajas á la Sagrada Efigie de que era Mayordomo y á quien estaba obligado á agasajar.....

D. Trinidad Muley no pudo contener su entusiasmo y su regocijo, y corrió de puntillas á llamar á las ancianas, para que contemplasen aquella piadosísima escena.

Imagínese, pues, el que leyere la emoción, los comentarios en voz baja y los dulces lloros que habría al otro lado de la puerta, en tanto que Manuel prendía á las ropas del Niño Jesús, ó colgaba de su cuello y de sus brazos, los restos del naufragio de sus esperanzas!....—Estas cosas se sienten ó no se sienten; pero no se explican.

Baste decir (como resumen de sus impresiones, palabras y pensamientos) que todos decían en voz baja, con religioso júbilo, y abrazándose cariñosamente:

—¡Se ha salvado! ¡Ha resuelto perdonar!—¡Dentro de pocas horas se habrá marchado para siempre!—¡Dios lo haga más venturoso que hasta ahora!

Mientras D. Trinidad y las tres venturosas ancianas hablaban así, la pérfida "Volanta" (que todo lo había visto y oído) deslizóse por la escalera abajo como una

sabandija, sin que nadie reparara en ello, marchóse á la calle, cuidando de no despertar al improvisado conserje...

Ni ¿cómo habían de advertir aquel suceso los que arriba seguían con el alma las operaciones de Manuel, cuando éste acababa de ejecutar otro acto que ya no dejaba ni asomos de duda acerca de sus nobles y pacíficas intenciones?

Tal fué el sublime arranque de humildad con que, sacando del bolsillo el primoroso puñal indio que aquella tarde había llevado á la Procesión, lo desnudó, alzólo á la altura de su cara, contempló su luciente hoja y rica empuñadura, lo besó luego, y lo colocó á los pies del Niño Jesús....

Sin la fe ciega que D. Trinidad Muley tenía ya en la redención del joven, hubiera temblado por su vida, como temblaron las mujeres, al verlo levantar el puñal, y no habría estorbado, como estorbó, que se precipitasen en la sala.... Y también fué necesaria en seguida toda la autoridad del Sacerdote para impedir que estallasen en gritos de santo alborozo al contemplar aquella solemne abdicación de la mayor soberbia que jamás cupo en corazón humano.

—¡Callad! ¡callad!.... (les decía al oído el autor de tan prodigiosa obra.) ¡Callad! ¡Dejadlo!.....—Dios está con él! —No despertemos al demonio del orgullo, que ya duerme, y pronto habrá muerto, en el corazón de mi buen hijo!

Manuel consideró lo que había hecho, y su grave rostro expresó una reflexiva y triste complacencia; pero no en modo alguno aquella devoción activa, directa, personal, que suponían las buenas mujeres y cuyos resplandores de triunfo y de esperanza hubiera querido hallar D. Trinidad Muley en los ojos del león vencido.....

—¡Eso no es "fe"! ¡Eso no es más que "caridad"! (dijo el indocto Padre de almas, dando crédito, como siempre, á su leal corazón.)—¡Mi obra puede quedar incompleta!—¡Malhaya los hombres que han secado las fuentes de la alegría en un espíritu tan bueno! ¡Mientras Manuel no crea, no tendrá dicha propia, y sólo gozará en ver que los demás son venturosos!

El hijo de D. Rodrigo sacó en esto el reloj y miró la hora.—Pero debió de hallarlo parado: pues en seguida abrió un balcón que daba á Oriente y dominaba toda

la vega, y consultó la posición de los astros.....

Corrió entonces á la puerta del salón, y, sin abrirla, dió dos palmadas, como llamando.....

—Dejadme á mí...—murmuró D. Trinidad, haciendo señas á las mujeres para que se alejasen.

Y penetró en el vasto aposento.

—¿Quieres algo?—preguntó dulcemente á Manuel.

Fuese modestia, fuese cansancio, fuese aquel pueril resentimiento que el amputado guarda algunas horas al operador que en realidad le ha salvado la vida, nuestro joven bajó los ojos, esquivando la mirada del Sacerdote, y dijo rápidamente:

—Que venga Basilia.

Don Trinidad se retiró sin enojo alguno.

Basilia entró á los pocos momentos.

—¿Está ahí el arriero de Málaga?—le preguntó Manuel con la sequedad de quien desea pronta y breve contestación.

—Abajo está....—respondió temblando el ama de gobierno.

—Pues dígame que cargue todo mi equipaje y ensille mi caballo.—Son las tres

y media... Partiré á las cinco.—Que entren por estos cofres.... Pero que no me hable nadie.—Ruegue usted á D. Trinidad de parte mía que tome algo y se acueste.—Necesito estar solo.

Y dicho esto, se salió al balcón que acababa de abrir, donde permaneció, vuelto de espaldas al aposento, mientras que Basilia y Polonia, llorando silenciosamente, sacaban los baúles, y mientras que D. Trinidad y la seña María Josefa lloraban en el próximo corredor y dirigían desde allí fervientes acciones de gracias y tiraban cariñosos besos á la Imágen del Niño Jesús.

Al cabo de una hora comenzó á clarear el día.....

Manuel se quitó entonces del balcón, y, cogiendo una silla, sentóse en medio de la ya solitaria estancia, y siguió mirando al cielo, con la resignación expectativa del héroe condenado á muerte que ve nacer la última luz de su existencia.

Así estuvo mucho tiempo, sumido en un éxtasis de dulce dolor que iba hermostrandose cada vez más su noble rostro....—La fera había llegado á tener cara de hombre.... El hombre no tardó en tener cara de ángel.—Dijérase que su alma había en-

tablado un largo coloquio con lo infinito....

Ya era enteramente de día... Ya habían dado las cinco y las cinco y media.... —Ya estaban listas las cargas y ensillado el caballo...—¡Y nadie se atrevía á decirselo: nadie se atrevía á interrumpir aquel inefable arrobamiento en que el joven parecía gozar anticipadamente la recompensa de su abnegación, el premio de su sacrificio!

Salió, al fin, el sol, y su primer rayo penetró en la sala, bañando de fúgida luz la plácida figura de Manuel Venegas.

—“Soledad”....—gritó entonces el loro en el balcón, donde lo habían dejado olvidado.....

Manuel se estremeció convulsivamente al oír aquel nombre con que el pájaro americano saludaba todos los días, hacía muchos años, la salida del sol, y un mundo de recuerdos y de fallidas esperanzas, reapareció ante sus ojos, haciéndole volver del cielo á la tierra, de la eternidad al tiempo, del olvido á la realidad....—Pero, faltar ya de soberbia para luchar con su enemiga suerte, una mortal congaja oprimió su corazón; un desfallecimiento nunca sentido aniquiló todo su sér; ex-



tendió los brazos como quien se ahoga (y aún pareció que efectivamente pedía auxilio,) hasta que, por último, estalló en amargos sollozos, seguidos de copiosísimo llanto....

Y, roto por primera vez en toda su vida el dique de las lágrimas, desbordáronse éstas con tal ímpetu, que pronto bañaban su faz, sus manos y su agitado pecho.... —Al principio, fueron ardiente lava....; luego, benéfica sangría y salvador desahogo de su corazón...., y, al fin, blando rocío que bajaba del cielo á templar la la sed de su alma sin ventura....

D. Trinidad corrió á él y lo envolvió piadosamente en su manto, diciéndole:

—¡Llora, llora, hijo mío! ¡llora cuanto quieras ¡llora en los brazos de tu padre!

Manuel se colgó del cuello del Sacerdote y le llenó la cara de besos, diciéndole entre dulces gemidos:

—¡Perdón! ¡Perdón!.....

—¡Perdóname tú á mí!—sollozaba D. Trinidad.

Y las mujeres lloraban también desatadamente, comenzando á invadir la sala, y el mismo arriero (que había entrado

por el loro) se daba puñetazos en la cabeza, diciendo con profunda emoción:

—¡Qué lástima de hombre! ¡Maldita sea la primera mujer!

—¡Padre mío! ¡la adoro!—exclamaba entretanto Manuel, incomunicado con los espectadores por el manto de D. Trinidad.

—¡Y yo á tí!—le respondió el Párroco, besándolo reiteradas veces.—¿Quieres que me vaya contigo?

—No... no...—Me iré yo solo....

—Pues bien: sé muy bueno: haz muchas limosnas, y verás qué feliz eres....—Toma.... (añadió luego en voz más baja.) Aquí tienes esto.... Llévate tu caudal. En todas partes hay pobres....

—No.... no... le respondió Manuel al oído. Guarde usted eso.... Y haga lo que ya tenemos hablado... En esos papeles lo encontrará explicado todo....

—Está confesando....—dijeron las mujeres, retirándose al corredor.

—Pero tú vivirás.... Tú me escribirás esta vez.... (murmuró D. Trinidad.) ¿No es cierto?

—Sí señor... ¡Yo viviré cuanto me sea posible!—contestó el joven enjugándose las lágrimas.

Y, abrazando por última vez al Cura, se levantó y dijo:

—¡Vamos!

Entonces se le acercó Polonia, con las puntas del delantal sobre los ojos.

¡Perdón, Polonia!—exclamó el joven, abrazándola.

—Anda con Dios, hijo mío.... (respondió la anciana.) ¡Ya estás curado, y puedes ser dichoso!—¡Tu enfermedad consistía en no haber llorado nunca!

—Señor.... ¡Buen viaje!—le dijo Basilia, besándole la mano.....

—¡Venga usted también, señá Josefa! (gritó al mismo tiempo Don Trinidad.)—Pero no suelte usted al niño.....—¡Hoy hay perdón para todos!

—¡Oh!.... ¡no!—pronunció Manuel, retrocediendo.

—¡Manuel, castigate! (exclamó el Sacerdote.) ¡Cuánto más te humilles hoy, más dichoso serás mañana con el recuerdo de este día!—¡Arranca de tu corazón, ahora que están blandas, las raíces de tu soberbia, á fin de que nunca retoñen!—¡No te lles en la conciencia ningún veneno, hoy que la has lavado con tus lágrimas!

—¡Manuel! (dijo la señá María:) ¡Yo

hubiera sido muy dichosa en llamarme tu madre!—Harto lo sabe el señor Cura!

Manuel se quitó el reloj, y se lo entregó al niño, colgando de su cuello la larga cadena de oro de que pendía, y pronunció estas palabras:

—¡Perdono á tu madre!.....—Dios te haga más feliz que á Manuel Venegas!

Y volvió la espalda y se apartó algunos pasos, como despidiendo á la madre y al hijo de Soledad.

La pobre abuela se alejó hecha un mar de lágrimas, mientras que el niño iba dando besos al reloj y sonriendo como un ángel.

Don Trinidad siguió á Manuel al proedio de la sala, y, señalándole al Niño Jesús, que refulgía á la luz del sol como un ascua de oro, con tanta rica presea como adornaba su graciosa figura, preguntóle en són de dulce ruego:

—¡Y á "Este?" ¿qué le dices por despedida?

—¡A Este le pediría que resucitase dentro de mi corazón, si tal milagro fuese posible!—contestó Manuel melancólicamente.

—¡Dios querrá! (dijo el Sacerdote, levantando los ojos al cielo.)—Las raíces

de tu antigua Fe están vivas, y ya ha comenzado á correr por ellas la savia de la regeneración.—Las máximas que tu padre y yo sembramos en tu corazón de niño han vuelto á germinar esta noche bajo los auspicios de esta Efigie del Redentor del mundo.....—Debes, pues; agradecimiento al Amigo de tu niñez, y, aunque hoy no veas en su dulce Imagen más que una sombra, un retrato, un recuerdo del cariño que le tuviste (y que El no ha dejado de tenerte); aunque todavía no haya penetrado en tu nublada razón la nueva luz que ya iluminaba las más altas cumbres de tu espíritu....., ¡bésalo, Manuel!... (¡Nada pierdes con besarlo!) ¡Bésalo, y verás cómo toda la soberbia que te queda en el cerebro se desbarata en lágrimas, del propio modo que se ha desbaratado la que tenías en el corazón! ¡Verás cómo, al poner tus labios en los descalzos pies del Niño en cuya divinidad creían tu padre y tu madre, conoces que estás haciendo una cosa muy santa, y vuelves á llorar de dicha! —¿Qué te cuesta probar? ¿Por qué no te atreves á ello?—¿No te dicen ese miedo y ese respeto, que el acto de sumisión que te propongo es de maravillosas conse-

cuencias?—Ven.. mira... ¡Yo te daré el ejemplo,, como cuando eras chico!.....— Yo lo besaré antes que tú.....—¡Así se hace!..... ¡así!—Y luego se dice (llorando, como lloro yo): “Bendito seas, Jesús crucificado! ¡Bendita sea tu Santísima Madre! Bendito sea tu Padre Celestial, que te envió á la tierra á redimirnos!”

Manuel cerró los ojos y cayó de rodillas como una torre que se desploma...

De rodillas estaban también las dos ancianas y el malagueño; y con fervientes oraciones daban gracias á Dios, al ver que el joven se abrazaba á los pies del Niño de la Bola y los cubría de besos y de lágrimas.....

De rodillas, en fin, estaba Don Trinidad Muley, á quien de seguro hubieran abrazado gustosos en aquel momento hasta los incrédulos más empedernidos.....; ¡porque la verdad es que en todo aquello no había nada malo para nadie ni para nada, y sí mucho bueno para todos y para todo, ó nosotros no sabemos lo que es bueno ni lo que es malo en esta miserable vida!

.....  
No intentaremos describir los últimos

minutos que Manuel Venegas permaneció todavía en su casa, ni los renovados, tristísimos adioses que allí se dieron aquellos seres de tan sencillo y tierno corazón.... —Temeríamos afligir demasiado á nuestros lectores, que, pues todavía no han soltado esta obra en que se rinde culto á la pobreza de espíritu, seguramente tienen la dicha de pensar y sentir como ellos.—Preferimos, pues, salir á la Plaza, y confundirnos con la generalidad del público, en cuya compañía podremos ver con más frescura la solemne marcha de Manuel Venegas y los dramáticos lances que acontecieron con este motivo.

## VI

## MARCHA TRIUNFAL.

Hacia una mañana hermosísima, sobre todo para aquellos felices mortales que no tuvieran fijos sus ojos en la negrura del revuelto mar de las pasiones, sino que hubiesen preferido salir al campo á espaciar su vista y su alma por el subli-

me templo de la Naturaleza, por la pintada Tierra, llena de prodigios, por la rutilante bóveda del Cielo, y por el propio cielo de una conciencia suficientemente limpia para poder reflejar las misteriosas visiones de lo Infinito....

No estaban de este humor aquel funesto lunes, 6 de Abril de 1840, las muchas personas que acudían á la Plaza Mayor de la Ciudad á enterarse de los adelantos que el dolor y la ira habían hecho durante la noche en el corazón de Manuel Venegas y Antonio Arregui. Ni hay que decir que el grupo en que más excitados estaban los ánimos, por cuenta ajena, era el formado, como de costumbre, á la puerta de la Botica, ¡terrible aduana, por donde tenía que pasar el infortunado Niño de la Bola al marcharse del pueblo!

“Vitriolo” estaba más acerbo y feroz que nunca, sin poder callarse (aunque no dejaban de aconsejárselo sus discípulos), y, si por acaso interrumpía sus discursos, era para decir á los que iban á comprar medicinas:

—“¡No hay de eso!”....—ó—“¡Vuelva usted más tarde!”—ó—“¡Dígale al enfer-